



## Barthes con Lacan: lecturas impertinentes

Alexandra Kohan<sup>1</sup>

Universidad de Buenos Aires

alexkohanb@gmail.com

**Resumen:** Analista/analizante, escritor/leyente: la lectura viene a diluir cualquier par de oposiciones. Si la lectura ocurre, ya no pueden delimitarse las fronteras identitarias del escritor y del lector y, a cambio, podríamos afirmar que eso se lee, eso se escribe; eso lee, eso escribe. Intentaremos precisar de qué modo la lectura en Barthes se resiste a ser sistematizada y, a la vez, en este punto, el modo en que Barthes desplaza la pertinencia a la impertinencia congénita de la lectura. La lectura es impertinente, no por “nuestra carencia de genialidad”, sino porque ella, la lectura, hace fracasar, a la vez que la “búsqueda de una pertinencia”, al “mismísimo concepto de pertinencia”.

**Palabras clave:** Lectura – Barthes – Lacan – Impertinencia

**Abstract :** Analyst/Analizante, writer/reader: Reading dilutes any pair of oppositions. If reading occurs you can no longer delimit identity borders: writer/reader but, instead, we can affirm it reads, it writes.

We will try to specify what way the reading in Barthes resists being systematized, and in this point, the way Barthes shifts relevance to the congenital impertinence of reading. The reading is impertinent, not because of “our lack of genius”, but because it, the reading, causes failure, at the same time as the “search for relevance”, to the “very concept of relevance”.

**Keywords:** Reading – Barthes – Lacan – Impertinence

---

<sup>1</sup> **Alexandra Kohan** es psicoanalista y docente regular de la Cátedra II de Psicoanálisis: Escuela francesa, de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires. Es Magíster en Estudios Literarios por la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Integra el grupo de investigación y lectura *Psicoanálisis Zona Franca*. Colabora habitualmente en *Revista Polvo*, *Revista Invisibles* y otros medios. Colaboró en *Feminismos*, de Leticia Martín editado por Letras del Sur en 2017. Coordina diversos grupos de lectura. Publicó recientemente el libro digital *Psicoanálisis: por una erótica contra natura*, en IndieLibros.

Y, ya se sabe, un dogma es dogma porque está prohibido leerlo.  
Juan B. Ritvo

A aquellos monos me debo,  
a esa manera de leer sin la prótesis de la opinión o la doxa.  
Héctor Libertella

El desplazamiento que Barthes produce de la figura del autor a la del lector opera concediéndole a la lectura una potencia creativa y esa soberanía de la producción de sentido que habitualmente se asignaba a la intencionalidad del autor. Ahora bien, esa potencia asignada a la lectura no se limita solamente a dársela respecto de la escritura y del escritor, sino también respecto del objeto. La lectura crea en la medida en que también constituye su objeto, y en vez de encontrar sentidos en el texto, los produce. De este modo la lectura puede poner a funcionar su maquinaria de sentidos sobre objetos en principio no literarios, pero también, no discursivos. Se pueden leer discursos no literarios y objetos no discursivos como si fuesen un discurso. Puede considerarse que este dispositivo está ya presente en *Mitologías*, texto que, si bien se orienta más bien a una crítica ideológica y a desnaturalizar los modos de funcionamiento de los códigos, adopta un procedimiento de lectura que excede dicha cuestión. Y ese procedimiento es lo que le permite a Barthes leer prácticas (el escritor en vacaciones), cultura de masas (el mundo del catch), consumos (el bistec con papas fritas, detergentes y jabones), modos de la fotografía, publicidades, etc. En definitiva: estaba en ciernes lo que decantaría, años más tarde, en un procedimiento ya despojado del encuadre de la antropología estructural. Si bien es cierto que eso se alimenta, en Barthes, también de la vertiente de la semiología, es decir de la posibilidad de leer *significativamente* el mundo, dicha vertiente resulta excedida en lo que a la lectura como productora de objetos se refiere, porque es la propia lectura la que funda la legibilidad de los objetos. Se trata de una especie de expansión de la soberanía de la lectura en la medida en que ahora se puede *leer todo*. Fue en principio la semiología lo que hizo que en Barthes se fuera configurando la disposición de ese lector que puede leerlo todo: textos literarios, textos no literarios (como en *Michelet*), textos de la cultura de masas, prácticas culturales, espacios (La Torre Eiffel), un país: Japón. La semiología predispuso a Barthes a ello y el desarrollo de

sus propias consideraciones acerca de la lectura le permitió potenciarlo, haciéndolo exceder lo semiológico, ese exceso podría sintetizarse en lo que Jean Claude Milner (*El paso*) propone: “Barthes conduce a la ciencia del Signo a formular una respuesta para una pregunta que esta no habría planteado por sí misma” (54). De este modo, la lectura que Barthes pone a jugar hace algo más que analizar sistemas de signos,<sup>2</sup> del mismo modo que cuando lee literatura hace más que interpretar un texto. La máquina de lectura que establece Barthes posee una potencia inédita, es la que hace del crítico un escritor de lecturas. El exceso que se produce en Barthes respecto de lo semiológico radica también, a nuestro entender, en el modo en que lectura y escritura no se pueden, a partir de allí, ya pensar por separado; y es ahí, quizás, donde se inscribe uno de sus gestos más radicales. Porque, como él mismo sostiene, no se trata del problema de pasar del autor al lector, sino que “es un problema de cambio de nivel de percepción. (...) La escritura y la lectura deben concebirse, trabajarse, definirse, redefinirse ambas juntas (...) Porque si se continúa separándolas (...) se produce una teoría de la literatura (...) que jamás podrá ser más que una teoría de orden sociológico o fenomenológico” (*El grano* 121). Escritura y lectura se implican, se conciernen mutuamente.

Análogamente, para Lacan, no se trata del analizante escribiendo y el analista leyendo; no se trata de una división clara, neta, tajante ya que es el acto analítico el que instaura, retroactivamente, lo que se escribe, lo que se lee. Una vez más no es posible delimitar de modo anticipado lo que se dará a leer, no hay linealidad escritura-lectura, sino que:

El analista, él, zanja (*tranche*). Lo que dice es corte, es decir participa de la escritura (...). Escribe diferidamente (...), sueña otra cosa que lo que es dicho, que lo que es dicho con intención de decir, es decir conscientemente (...) Es por eso que digo que, ni en lo que dice el analizante ni en lo que dice el analista hay otra cosa que escritura. Es seguramente por eso que el analizante dice más de lo quiere decir y el analista zanja al leer lo que es ahí de lo que quiere decir (s/p).

---

<sup>2</sup> Daniel Link analiza el recorrido de Barthes para ubicar esa “posición semioclasta”. No nos extenderemos en esta cuestión por considerar que excede el presente trabajo. Para un detalle mayor cfr. Link “Barthes 2015”.

Es el corte, entonces, el que hace del dicho un decir; el que pone en juego la enunciación y produce un sujeto que irrumpe en la discontinuidad, diluyendo la pretendida estabilidad del sentido y de la intención. Aquí también puede advertirse el pasaje del autor al lector pero, tal como lo hemos mencionado, la autoridad antes conferida al autor no pasa al lector. Analista/analizante, escritor/leyente: la lectura viene a diluir cualquier par de oposiciones. Si la lectura ocurre, ya no pueden delimitarse las fronteras identitarias del escritor y del lector y, a cambio, podríamos afirmar que *eso se lee, eso se escribe; eso lee, eso escribe*. Es en ese sentido que, como plantea Barthes en “Sobre la lectura”, un texto de 1976, tampoco podrá haber una doctrina de la lectura,<sup>3</sup> ya que ella resulta un “campo plural de prácticas dispersas, de efectos irreductibles [...] un destello de ideas, de temores, de deseos, de goces, de opresiones (...)” (46). Es por ello que los objetos que la lectura produce muestran que no existe una pertinencia y que el verbo leer:

Que aparentemente es mucho más transitivo<sup>4</sup> que el verbo *hablar*, puede saturarse, catalizarse, con millones de complementos de objeto: se leen textos, imágenes, ciudades, rostros, gestos, escenas, etc. (...) el objeto que uno lee se fundamenta tan solo en la intención de leer: simplemente es algo *para leer*, un *legendum*, que proviene de una fenomenología y no de una semiología (47).

Barthes se resiste en el texto a cualquier posibilidad de sistematizar una teoría de la lectura o “niveles de lectura”, insistiendo en que no es posible reducirla a una técnica ni encorsetarla en una fijeza o detención. Por ello refiere que el sentido puede liberar la lectura “hasta el infinito”, ya que no hay “límite estructural que pueda cancelar la lectura” (48). Y juega con los límites de la legibilidad y lo ilegible porque se trata, una vez más, de sostenerse frágilmente en esos intersticios sin

---

<sup>3</sup> La cátedra *Teoría de la lectura* de la carrera de Filosofía de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario ha publicado la compilación de artículos llamada “No hay teoría de la lectura”. Ricardo Bianchi (compilador) sostiene en la introducción que el “acto de lectura, impredecible de antemano, inventa sus propias reglas de un modo contingente pero devenido necesario en cuanto se impone mediante una apta y ficcional consistencia” (6). Por su parte, Juan Ritvo se refiere al nombre de la cátedra: “hablar de Teoría de la lectura implica hablar de códigos, pero el código de lectura lo que hace es censurar la lectura, si hay lectura no hay código. Esta sería la forma de plantear la disyunción que me parece a esta altura extremadamente clara” (9). Ambos autores, además, precisan claramente el modo en que esta noción de lectura se encuentra en las antípodas de la hermenéutica.

<sup>4</sup> Se produce de esta manera cierta complementación entre la intransitividad del verbo escribir y la transitividad del verbo leer.

arrojarse definitivamente a ninguno de sus bordes. No se trata de optar por el sinsentido o por lo ilegible, sino de lidiar con el movimiento, con el juego –en el sentido en que se dice que hay un juego de poleas, por ejemplo– que echa por tierra cualquier posibilidad de asir un sentido claro, sin opacidades: por un lado no fijarse en un sentido y, por el otro, no caer en el sinsentido que, según Barthes es el peor de los sentidos.<sup>5</sup> Resulta sumamente interesante, en este punto, el modo en que Barthes desplaza, entonces, la pertinencia a la impertinencia congénita de la lectura. La lectura es impertinente, no por “nuestra carencia de genialidad”, sino porque ella, la lectura, hace fracasar, a la vez que la “búsqueda de una pertinencia”,<sup>6</sup> al “mismísimo concepto de pertinencia” (*El susurro* 48-49). Julia Kristeva habla de la “complicidad corrosiva que respeta y desafía a la vez sus objetos para desviarlos mejor y extraviarse a sí mismo en este inocente descarriamiento [...] entre la música del sentido y su imposibilidad” (16).

Y es ahí que viene a producirse el resquicio por donde se cuele el Deseo. Un deseo que se desplaza y hace de la lectura algo inesperado, que se realiza “nunca *exactamente* allí donde la esperábamos” (*El susurro* 48) y, otra vez, no sin estructura –no sin código– sino, por el contrario, al interior de ella, respetándola y, en el mismo gesto, pervirtiéndola. Es el “gesto del cuerpo que, con un solo movimiento, establece su orden y también lo pervierte” (49). Es en ese esbozo de definición que la lectura va conformándose en un ética y en una erótica donde están implicados el cuerpo, el deseo, el placer, la ocurrencia, el acontecimiento y lo *átopos*. Una lectura que hace del lector un *leyente* que encara una “aventura de la lectura” (55) que no puede sino provocar, suscitar un deseo de escribir. Y es aquí que, nuevamente, lectura y escritura se enlazan inseparablemente: “jamás será

---

<sup>5</sup> En “Veinte palabras clave para Roland Barthes”.

<sup>6</sup> Es posible hacer resonar en la noción de impertinencia de Barthes lo que Harold Bloom plantea en términos de lectura errónea: “las influencias poéticas [...] siempre proceden debido a una lectura errónea del poeta anterior, gracias a un acto de corrección creadora que es, en realidad y necesariamente, una mala interpretación” (41). Ricardo Piglia retoma esta misma idea cuando propone “el lector como criminal, que usa los textos en su beneficio y hace de ellos un uso desviado, funciona como un hermeneuta salvaje. Lee mal pero solo en sentido moral; hace una lectura malvada, rencorosa, un uso perverso de la letra. Podríamos pensar a la crítica literaria como un ejercicio de ese tipo de lectura criminal. Se lee un libro contra otro lector. Se lee la lectura enemiga. El libro es un objeto transaccional, una superficie donde se desplazan las interpretaciones” (31-32). Así, antes que concebir la lectura como un ajustarse a un sentido previo, se apunta a la “impertinencia”: la lectura que se desvía para, así, producir otra cosa.

posible liberar la lectura si, de un solo golpe, no liberamos también la escritura” (56).

Paralelamente a las consideraciones acerca de la lectura, Barthes intenta precisar de qué sujeto se trata y nuevamente se apoya en lo que el psicoanálisis produjo con dicha noción. Se trata de un sujeto que no es el individuo pensante sino, más bien, “alguien privado de toda unidad, y sostenido en el doble desconocimiento de su inconsciente y su ideología, y sosteniéndose tan solo gracias a una gran parada de lenguajes”. En definitiva: se trata del sujeto escindido, dividido, sujeto de la enunciación. Como señala Daniel Link: “impuro, aventurado, en hemorragia, disuelto: la fragmentariedad del texto es correlativa, para Barthes, de la disgregación y el vaciamiento del lenguaje en el devenir intenso o imperceptible del sujeto” (12). Lacan también se detiene en el sujeto de la lectura, para decir que resulta

imposible pues saber quién lee. Hay seguramente escritura en el inconsciente, no sería más que porque el sueño, principio del inconsciente –eso es lo que dice Freud–, el lapsus e incluso el chiste se definen por lo legible. Un sueño, uno lo hace, no sabe por qué y luego, retroactivamente, eso se lee; un lapsus igual, y todo lo que Freud dice del chiste es bien notorio como estando ligado a esa economía que es la escritura, economía en relación a la palabra (s/p).

Hacer de la lectura una Teoría o una Ciencia, sería, sin dudas, volverla una lectura institucionalizada, privada de deseo, privada de ocurrencia, exigida de una moral de la repetición y de la reproducción estéril que sólo podría conducir al tedio. Recordemos, con Lacan, que el tedio comienza cuando se institucionaliza una práctica, cuando se la profesionaliza, cuando un sujeto “ya no es apto para la sorpresa”. Cabe mencionar, en ese sentido, las tensiones y conflictos que se produjeron entre Lacan y la Institución y Barthes y la Institución.

Podemos decir que, hacia 1970, Barthes comienza más enfáticamente a romper con el tedio en el que se había convertido el reino del Signo (Milner) y “Japón pareció ofrecer una vía de salvación” (72). *El imperio de los signos*<sup>7</sup> hace de

---

<sup>7</sup> En *El periplo estructural*, Milner refiere que “el verdadero alcance de *El imperio de los signos* reside enteramente en el plural del título. El signo erigido en nombre de lo Uno es sustituido por una multiplicidad. Todo queda instantáneamente invertido: no se debe decir, como a principios de siglo en Ginebra, que no existe sino signo y que todos los objetos sociales serán analizados por él para

Japón un texto justamente por ser “el país de la escritura” (Barthes *El imperio* 3) cuyos signos se resisten a ser naturalizados, racionalizados, son signos vacíos.<sup>8</sup>

Este es el rasgo que Lacan subraya del texto de Barthes:

(...) el sujeto está dividido por el lenguaje, pero uno de sus registros puede satisfacerse por la referencia a la escritura y el otro por el ejercicio de la palabra. Esto fue sin dudas lo que dio a mi querido amigo Roland Barthes ese sentimiento embriagado de que, con todas las buenas maneras, el sujeto japonés no envuelve nada. Por lo menos es lo que él dice de una manera que les recomiendo, porque es una obra sensacional. (*El Seminario. Libro 18* 117)

Es la lengua, entonces, la que pone a jugar un sujeto disuelto en un “lenguaje parcelado, atomizado, disgregado hasta el vacío” (Barthes *El imperio* 12-13). Del *ennui* del signo, del aplastamiento de la *doxa*, del agobio de la repetición del estereotipo se sale, entre otras cosas, por el lado del placer, del goce, de la perversión como vía del deseo y puesta en acto del cuerpo, y todo ello si la lectura acontece. Es por ello que, *El imperio de los signos* es el primer esbozo de un gesto que continuará pronunciándose y que hace posible *pasar* del tedio al placer. Japón lleva al paroxismo el contacto con la lengua como lengua desconocida, extranjera.<sup>9</sup> Subraya el intersticio en la *tempura*, por ejemplo, allí donde el aire permite que no se pegotee el alimento.<sup>10</sup> El aire que, en definitiva, permite que se respire frente al ahogo que provocan la mismidad, la normalidad, la estupidez, la *doxa*. Japón no quiere decir nada y es eso, justamente, lo que lo hace pasible de ser leído. Lengua, comida, gestualidad, vacío, ciudad: ¿de qué otra cosa que del cuerpo, del deseo,

---

siempre. Se debe decir: en el archipiélago de Hiroshima y Nagasaki sobreabundan los objetos, las conductas, los animales, los hombres, las mujeres y todo es signo. Todo en su diversidad debe ser aprehendido como un signo. Como un signo, y no por el signo. (...) El nombre del signo ya no es el nombre de lo Uno al que se arriba por despojamiento de las cualidades; todo lo contrario: debe convertirse en el nombre de lo diverso cualitativo y de lo múltiple. De ahí el plural, que es también el retorno de los *qualia*” (130-131).

<sup>8</sup> “Su significado huye, no hay dios, ni verdad, ni moral en el fondo en estos significantes que reinan sin contrapartida. Y sobre todo, la calidad superior de este signo, la nobleza de su afirmación y la gracia erótica con que se dibuja, están situadas por todas partes, sobre los objetos y sobre las conductas más banales, las que de ordinario remitimos a la insignificancia o a la vulgaridad” (Barthes *El imperio* 3).

<sup>9</sup> No deja de resonar aquí el epígrafe de Proust que utiliza Gilles Deleuze en “La literatura y la vida”: “Los libros hermosos están escritos en una especie de lengua extranjera”, a la vez que lo que allí plantea acerca de la literatura como descomposición de la lengua materna.

<sup>10</sup> “El alimento reúne aquí toda la fantasía de una paradoja: la de un objeto puramente intersticial, tanto más provocativo cuanto que este vacío se elabora para que sirva de alimento (a veces al alimento se le da forma de bola, como una pelota de aire)” (37).

puede tratarse allí? El placer suscitado en Barthes por Japón –placer que puede leerse en el texto- se traslada a la escritura allí donde se trató de “un placer sin mezcla, sin angustia, sin intervención de la imago”, como se refiere en “Veinte palabras clave para Roland Barthes” (197).

Efectivamente, la exploración deseante y deseosa que empezó en *El imperio de los signos*, pasó por *El placer del texto* y, diremos ahora, continuó en *La cámara lúcida* (2015).<sup>11</sup> Si bien cronológicamente anterior, *Roland Barthes por Roland Barthes* se inscribe en esta serie de la exploración deseante. El procedimiento barthesiano, aquel que hace del objeto una creación de la lectura, aquel que lo hace surgir en su impertinencia, irrumpe en este texto como en ningún otro. Porque Barthes se lee a sí mismo como otro. Aunque, tal y como venimos desarrollando, es la lectura la que hace de sí mismo, otro. Se trata de “la paradoja como motor” (2005: 240). Y es ese procedimiento el que viene a hacer que las cosas no cuajen, que se saquen de quicio. Porque, en esta instancia, su lucha contra la *doxa* irrumpe renovada como lucha contra la censura del placer. Porque

cuando la *doxa* se ofrece como una censura del placer, una censura de goce, el ataque contra ella se refuerza por una pulsión de goce; explota en ese encarnizamiento, si no violento al menos muy tenaz, contra el consenso, las opiniones de la mayoría” (Barthes *El grano* 189-190).

A la *doxa* se la combate, también, por medio del cuerpo. Otra vez, Barthes *hace* lo que dice. Nuevamente se pone en acto ese sujeto incierto, inclasificable, *átopos* allí donde pasa de la tercera persona a la primera, ahí donde el ordenamiento de su obra es aleatorio y fragmentario. Coincidimos con Alan Pauls cuando lee en el procedimiento de *Barthes por Barthes*, el modo en que Barthes “no hace sino diferir una y otra vez la constitución de una fuente única, un yo estable, un «autor» figura del origen cuyo certificado de defunción el mismo Barthes había firmado apenas siete años atrás [...]” justamente allí donde en el epígrafe el “todo esto” es real y, sigue Pauls, “todo menos el sujeto que lo enuncia”. (11) Una vez más gana la lucha disolviendo la *doxa* por medio de la paradoja, evacúa el tedio gracias al

---

<sup>11</sup> Barthes mismo (*El grano* 298) ubica *La cámara lúcida* en simetría con *Fragmentos de un discurso amoroso* “pero en el orden del duelo”. Esa simetría está dada, a nuestro entender, por el sujeto efecto de una pérdida, de una falta. Esa misma falta que pone a jugarse entre el sujeto amante y el objeto amado.



placer, se descoloca, se hace incierto, se diluye como sujeto consistente, como individuo estereotipado, sólidamente amarrado, para dar paso a la extenuación, al estremecimiento del sentido. Denuncia como en ninguna otra parte la cara opresiva de la *doxa*, lo que de caricaturesco posee. Revisa su vida y su obra desde el goce inmediato que le procura la escritura fragmentaria. Una entrada del texto condensa de modo vertiginoso en qué consiste el procedimiento a lo largo de la obra de Barthes; esa entrada es, justamente, *Doxa/paradoxa*:

Formaciones reactivas: una *doxa* (una opinión común) está establecida, insoportable; para desprenderme de ella postulo una nueva paradoja; luego esa paradoja se espesa, se convierte a su vez en una nueva concreción, una nueva *doxa*, y tengo que ir más lejos en busca de una nueva paradoja.

(...) a las aspiraciones de una ciencia semiológica se impone la ciencia (a menudo bastante triste) de los semiólogos; hay pues que apartarse de ella, que introducir en ese imaginario razonable, un grano de deseo, la reivindicación del cuerpo: es entonces el Texto, la teoría del Texto. Pero de nuevo, el Texto corre el peligro de petrificarse: se repite, se almoneda en textos mates que testimonian una sollicitación de lectura y no un deseo de agradar: el Texto tiende a degenerar el Parloteo. ¿A dónde ir? En eso estoy (Roland Barthes 78-79).

Barthes pone en escena la “otra cosa como tal”: el deseo, allí donde interroga su posición, allí donde agita «lo natural», allí donde no sólo soporta la extrañeza sino que la provoca al desplazar el lenguaje, al desviar los objetos, al leerse a sí mismo sin condescendencias. Es ahí donde está, en la pregunta “¿a dónde ir?”. La pregunta,<sup>12</sup> en las antípodas del tono concluyente, subraya lo incierto y resiste a la institución de sentido. *Estar* en una pregunta es soportar la aventura del sujeto; es “desprenderse de todo querer- asir” (Barthes, 2008:93). *Estar* en una pregunta diluye la pretensión de ser, suscita intersticios, provoca un entre, hace jugar una

---

<sup>12</sup> Barthes no ha dejado de poner a jugar preguntas a lo largo de su obra. Como señala Alberto Giordano “la reflexión sobre el poder, sobre el poder de la literatura y sobre los vínculos de la literatura con el poder, es en la obra de Barthes no sólo frecuente sino también esencial” (17)

tensión entre lo que se fuga y lo que ocurre, entre lo que se fuga en lo que acontece. Entre placer y goce, entre lo que se intenta asir y lo que se fuga, entre el deseo y el cuerpo, entre la *doxa* y la paradoja, entre el poder y el fuera del poder, entre la solidez y lo que se diluye, entre la institución y lo instituyente, entre la tranquilidad del sentido y la inquietud de la lectura, entre lo mismo y lo otro, entre el adormecimiento del estereotipo y el despertar del objeto, entre la repetición y la ocurrencia, entre código y mensaje, entre el trabajo y el juego, Barthes no ha cesado de *pasar* entre los pliegues de un cuerpo para, en ese *paso*, escribir una y otra vez, cada vez, sus lecturas.

## **Bibliografía**

Barthes, Roland. *Roland Barthes por Roland Barthes*. Barcelona: Kairós, 1978.

---. *El imperio de los signos*. Barcelona: Seix Barral, 1991.

---. *El grano de la voz. Entrevistas 1962-1980*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2005.

---. *El placer del texto*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2008.

---. *Mitologías*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2008.

---. *El susurro del lenguaje*. Buenos Aires: Paidós, 2013.

---. *Roland Barthes por Roland Barthes*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2018.

Bianchi, Ricardo. "No hay teoría de la lectura". Elizondo, Eduardo. *No hay teoría de la lectura*. Rosario: UNR, 2016. 5-8.

Bloom, Harold. *La angustia de las influencias*. Venezuela: Monte Ávila, 1991.

Deleuze, Gilles. *Crítica y clínica*. Barcelona: Anagrama, 2009.

Giordano, Alberto. *Con Barthes*. Santiago de Chile: Marginalia Editores, 2016.

Kristeva, Julia. "De la escritura como extrañeza y como goce". VV.AA. *Seis formas de amar a Barthes*. Buenos Aires: Capital Intelectual, 2015. 15-24.

Lacan, Jaques. *El Seminario. Libro 18. De un discurso que no fuera del semblante*. Buenos Aires: Paidós, 2009.

---. *Seminario 25*. Inédito

---. *Seminario 26*. Inédito

Link, Daniel. Barthes 2015. En A. Giordano, *Roland Barthes. Los fantasmas del crítico*. Rosario: Nube Negra, 2015. 8-32.

Milner, Jean Claude. *El periplo Estructural*. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.

---. *El paso filosófico de Roland Barthes*. Buenos Aires: Amorrortu. 2004.

Piglia, Ricardo. *El último lector*. Buenos Aires: Debolsillo, 2014.

Ritvo, Juan Bautista. "Teoría de la lectura. Primera clase, año 1985". B Elizondo, Eduardo. *No hay teoría de la lectura*. Rosario: UNR, 2016. 17-32.